

# Las pinturas rupestres de El Portalón, en el término de Villacadima (Guadalajara)

POR TEÓGENES ORTEGO

## NOTAS PREVIAS

Reiteradas exploraciones arqueológicas en el reborde montañoso del sudoeste soriano, que constituye la divisoria natural entre Duero y Tajo, nos permitieron reconocer en las cumbres y somontano de ambas vertientes, algunos testimonios de ocupación humana desde los tiempos prehistóricos. Fueron éstos indicios de talleres líticos al aire libre, piedras talladas y pulimentadas características de las culturas neo-eneolíticas, vestigios de pobres cabañas a orillas de los regatos apenas nacidos y muestras de la vida espiritual de estas tribus de remota edad, que dejaron en determinados frentes rocosos, a lo largo de los vallejos, insculturas con profusión de temas grabados y cuyo foco principal fue dado a conocer por Juan Cabré, primero en breve reseña<sup>1</sup> y después en amplio artículo que nos informa de los conjuntos de pinturas y grabados rupestres de las provincias de Segovia y Soria.<sup>2</sup>

Revisados los conocidos grupos de grabados del sector soriano, cuya serie hemos

enriquecido con el descubrimiento de otras estaciones en estudio, comprobamos el fenómeno general advertido en otras regiones, consistente en la dificultad del artista prehistórico para manifestar sus ideas mágico-religiosas en los frentes de los abrigos rocosos formados por areniscas triásicas, generalmente rojizas, que no permitían destacar los colores usuales a base de óxidos de hierro, por dar así tonalidades semejantes al fondo de las rocas y presentar en superficie un granulado absorbente poco propicio.

Ante esta dificultad, el artista recurrió a dos nuevas fórmulas: la pintura preparada a base de margas blanquecinas como colorante, y el grabado sobre las superficies rojizas. Este es el caso de los abrigos del sector soriano donde la constitución de las rocas impone un cambio en la técnica de las representaciones gráficas, buscando el efecto del claro-oscuro mediante el grabado inciso por percusión o abrasión.

1. J. CABRÉ, *El Arte Rupestre en España*. Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, Memoria n.º 1, 1915.

2. J. CABRÉ, *Pinturas y grabados rupestres esquemáticos de las provincias de Segovia y Soria*. Archivo Español de Arqueología, n.º 43, 1941.

## EL MEDIO GEOGRÁFICO. LOCALIZACIÓN.

Superadas las alturas de esta zona y remontándonos por el sur hacia las cumbres

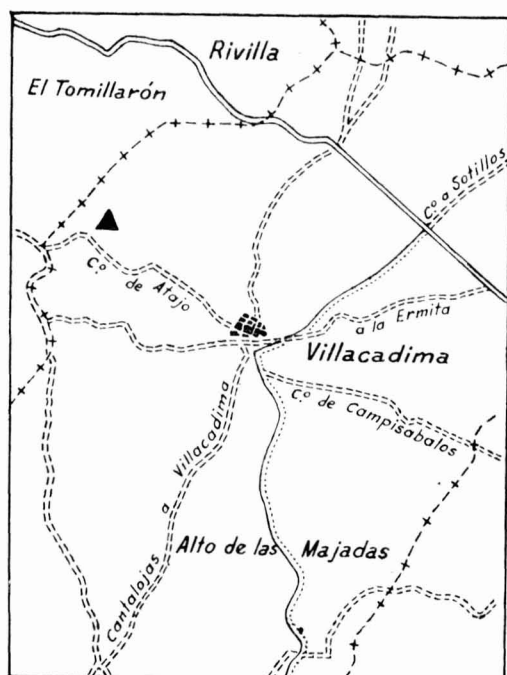


Fig. 1. — Situación de las pinturas rupestres de El Portalón, en Villacadima (Guadalajara).

divisorias de la sierra de Las Cabras, contamos con un cambio en las formaciones

geológicas acusado en una faja de calizas cretáceas, que cruzamos en toda su extensión desde la aldea soriana de Pedro hasta el término de Villacadima, de amplios horizontes y desoladas parameras, que rondan los 1.400 m. de altitud media.

Partiendo de esta villa hacia poniente, el mapa topográfico nacional (hoja 432, Riaza) señala apretadas cotas, que nos indujeron a la exploración del paraje, al que llegamos desde Villacadima por una senda de 1.700 metros de recorrido, cuyo final nos sitúa a media ladera de un escarpado barranco, practicable a lo largo de una volada plataforma de unos 140 m., que lleva el expresivo nombre de El Portalón, desde el cual se domina toda la vaguada (fig. 1).

En este lugar se inicia, cara al oeste, un frente acantilado de altitud creciente, según avanzamos, y a continuación encontramos un amplio covachón utilizado como fondo de una majada, protegido más allá por una elevada visera de roca hasta de 6 m. de altura. Al final se prolonga el frente algo convexo, hasta la angosta entrada a la interesante Cueva del Agua, así denominada por el goteo incesante del techo en un sector de la misma (fig. 2, y lám. 1, 1).

## LAS PINTURAS RUPESTRES

Revisado El Portalón en toda su longitud, desandamos este recorrido para numerar y describir las pinturas, tal como desde la Cueva del Agua se nos van presentando en poco más del medio centenar de metros que median entre las primeras y las últimas, con las consiguientes soluciones de continuidad, a una altura del suelo que oscila entre los 0,80 y 1,75 m. Todas aparecen en color rojizo de distintas gamas, determinado por

su mayor o menor exposición a la luz solar y la diversa composición de la pintura, según la etapa a que corresponde cada grupo.

En su enumeración establecemos el siguiente orden:

1. A la derecha del embudo de entrada a la Cueva del Agua se advierten algunas manchas alargadas de pintura, imprecisas, sin tendencia figurativa. Es necesario avanzar 22 m. para encontrar el primer tema que

caracteriza este arte esquemático en su más genuina representación. Se trata de una figura varonil acéfala, de cuyo eje, que interpreta tronco y sexo, arrancan brazos y piernas arqueados con similar desarrollo. Su altura es de 10,5 cm. (lám. II, 1).

2. En el mismo frente a 1,05 m. del anterior y a 1 m. del suelo aparece un espacio de poco más de 1 m. de largo, que contiene varias oquedades, tres de las cuales,

cisivos en silueta, alterados por la irregular superficie, en los que se acusa tronco y piernas con una o dos extremidades alargadas, rígidas y puntiagudas, y en un caso, significativo por su posición central, los brazos caídos a compás del tronco. A su lado encontramos la representación más completa, en cuyo trazado sinuoso se advierte una intención anatómica un tanto expresiva.

Mezclándose con la base de estos temas,

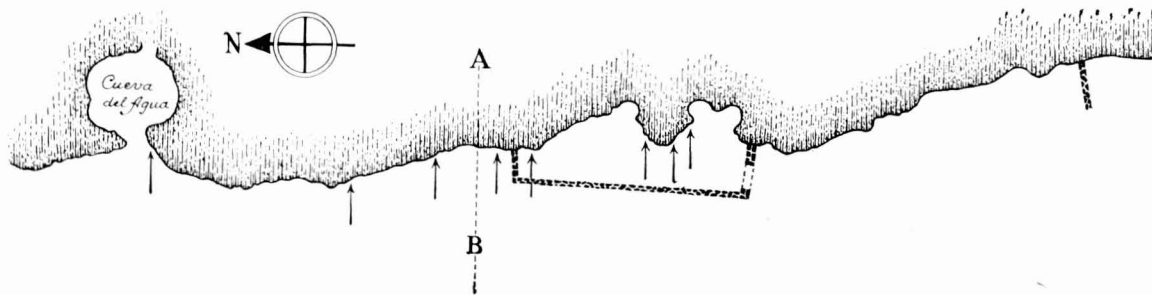


Fig. 2. — Perfil longitudinal de El Portalón. Las flechas indican la situación de las pinturas rupestres.

de 6, 8 y 10 cm. de anchura, fueron utilizadas como recipiente para preparar la pintura, de la que quedan vestigios de color rojizo en estado fósil (lám. II, 2).

Cincuenta centímetros a la derecha contamos con las siluetas oblongas, de perfil sinuoso y algo desvaídas. Se agrupan en posición y forma similar; la primera, más diferenciada, lleva una especie de tilde a su izquierda; las otras semejan un par de huellas humanas (lámina II, 1).

3. Tres metros más adelante, al iniciarse una concavidad, aparecen restos imprecisos de pintura, por el intenso desmoronamiento de la roca. Hacia el fondo de la misma contamos con un tumultuoso grupo de barras antropoides, dibujadas oblicuamente de derecha a izquierda con relativo paralelismo. Aunque las más se encuentran decapitadas por desconchado, quedan tres completas que definen su estilo y grado de esquematización. Como tendencia general interpretan la figura humana con trazos de-

y aún más bajas, siguen dos barras con el mismo ritmo: la primera, horquillada, más un trazo anguloso que se prolonga reforzado hacia abajo desde el vértice, terminando en unos punteados irregulares e imprecisos.

Inmediatamente podemos reconstruir un antropoide asexual, al que faltan parte de la cabeza y brazo izquierdo. Su traza, un tanto diferente de las que le preceden, se cifra en un esquematismo expresivo, acusado en la posición del tronco y dibujo de las piernas, desmedidamente abiertas, en actitud de carrera. Lascado el friso de nuevo, quedan cuatro trazos escalonados de figuras desaparecidas que guardan relación con los primeros y sumarios antropoides ocupando el extremo inferior derecha del conjunto.

4. Destaca al lado, en color ocre rojizo, una grotesca representación humana de 48 centímetros de altura en cuanto queda visible, cuyas extremidades superiores, abiertas en ángulo hacia abajo, adoptan una posición de danza. Se apoya en un abultado

relleno como peana, con apéndice opuesto, sin acusar las piernas. La figura corresponde a una etapa posterior a las descritas anteriormente; la pintura es poco consistente, por deficiencia del excipiente graso empleado, y se corresponde con otras que iremos viendo, de un arte más realista dentro de su gran rudeza (lám. III, 1 y 2).

5. Intensos lascados han hecho desaparecer otras unidades, de las que queda el cuello alargado, brazos iniciados, parte del tronco y, aislada hacia la izquierda, una banda oblicua de 19 cm., que pudiera corresponder a la pierna y pie del mismo varón en plena carrera. Frente a la altura que correspondería a la cabeza, se desarrollan, en un espacio de 15 por 7 cm., medio centenar de menudos toques de pincel de formas variadas y dispersas.

6. Del mismo porte contamos con otro varón de recia estructura, destacada cabeza, tronco y extremidades. El brazo reconstruible termina en mano bífida. Debajo se prolonga una mancha figurativa de dudosa interpretación. Mide el conjunto 32 cm. de longitud. A la derecha queda en alto un breve punteado sin alineación determinada.

7. Veinte centímetros más abajo sorprende, por contraste de tamaño y acusado realismo, una escena de tres figuras humanas un tanto perdidas. Dos de ellas, con apariencia de hombre y mujer afrontadas, cogidas de la mano a la altura de los hombros, adoptan una posición ritual o de danza. A la izquierda queda la tercera, de nariguda cabeza y contorsionado tronco; no se acusan los brazos y se halla lascado el final. Mide cada una 6 cm. de altura.

8. En la misma dirección se distribuyen, con cierta simetría y proporción, hasta dos docenas de menudos puntos, que vienen a caer sobre el lomo de un gran cuadrúpedo, pintado en silueta con claro realismo, del que sólo se conserva la parte superior con

un total de 53 cm., incluyendo el cuello, parte de la cabeza y largas orejas que parecen corresponder a un asno pastando. El resto de la pintura se ha perdido por el intenso lascado de la caliza.

9. A 47 cm. campea un antropoide de recias formas, cuyo trazado geométrico mide 48 cm. de altura. Lo que queda de su tronco y extremidades acusa la misma técnica que sus precedentes. La cabeza, en cambio, se dibuja con aberrantes proporciones y detalles que rompen con los tradicionales estilos. Su originalidad consiste en el trazado de la cabeza, un tanto desplazada de la línea axial, con una banda de 37 cm. algo arqueada hacia arriba, sobre la que descansa otra de menor radio que cierra el espacio, dejando a ambos lados de la primera una especie de orejetas. De la parte alta, que corresponde a la bóveda craneal, arranca hacia la derecha una cinta ondulada semejante a una coleta movida a impulsos de la carrera que parece reflejar la figura en conjunto. En el espacio correspondiente a la cara sorprende la extraña interpretación de los detalles, al colocar los ojos verticalmente a ambos lados de una barra horizontal como nariz, unida a un lóbulo que pudiera ser la boca, y apoyándose todo ello en el trazo bajo que delimita y rebasa la cabeza (láms. IV, 1 y 2, y VI, 1).

10. Contamos ahora con una sensacional figura humana, de 4,5 cm. de altura. Se dibuja en forma bitriangular recortada, de cuya escotadura central arrancan dos brazos cortos y finamente apuntados hacia lo alto. Este tema, cuyo interés radica en su forma específica, se nos ofrece como trasunto de los idolillos típicos de la cultura almeriense, relacionados, a su vez, con los aparecidos en extensas áreas partiendo del Mediterráneo oriental. Esta peculiar esquematización bitriangular, que interpreta a la mujer, habrá de adquirir gran difusión en las pinturas y grabados parietales de numerosas y conoci-

das estaciones hispanas, entre las que podemos citar, como más significativas, las del abrigo de las Moriscas en la sierra del Huelchal; el de las Viñas, de Zarza Alange (Badajoz), y el de la Cueva de la Sierpe, en Fuencaliente (Ciudad Real), por ejemplo. A la altura de la cabeza, con escasa separación, quedan finísimos trazos verticales y paralelos, que pueden tener relación con la figura descrita.

11. Debajo, a 2,5 cm., corren alineados, con alguna desviación y duplicidad, una treintena de puntos minúsculos de trazado generalmente circular.

Parten de un objeto alargado, con un resalte lobular que recuerda el enmangamiento de un hacha de piedra. La serie de puntos se

y larga cola. Su longitud total de 18 cm. termina en cuatro apéndices agudos que parten de la cabeza, como orejas y cornamenta; también pudieran interpretarse como saetas, dos más de las cuales, enlazadas, se encuentran en trayectoria hacia el animal. De nuevo



Fig. 3. — Perfil transversal de El Portalón por A-B, según se indica en la figura anterior.

desarrolla en una longitud de 35 cm., y la presencia en su final de un cuadrúpedo, de cuya cabeza arranca en arco una coraza que lo recubre, con dardos erizados, hace suponer se trate de un animal cazado. El punteado pudiera referirse a huellas o manchas de sangre relacionadas con la persecución y captura del mismo. Algunos vestigios de otras figuras de gran bulto se suceden en planos más bajos, muy lascados y sin posible reconstrucción.

12. Dos docenas de puntos se desparra- man verticalmente, y pudieran tener relación con el cuadrúpedo de especie distinta al anterior, por la disposición de la cabeza

el intenso lascado nos deja entrever, en plano inmediato, indescifrables vestigios de temas de gran porte (lám. v, 1 y 2).

13. Aislada, a 1,55 m. del suelo, tenemos una original figura humana de 10 cm. de altura. Su interpretación asexuada difiere de los tipos más generalizados en la pintura esquemática. Un círculo relleno representa la cabeza; de su corto cuello arrancan los brazos, que se mantienen estirados a la altura de los hombros, y largas piernas a las que un hábil trazado resta rigidez. Una línea transversal compuesta de tres arcos continuos, el central más amplio, cruza las piernas a la altura de las rodillas con lo que

la figura cobra valor ; bien como estilización de una airosa falda o como objeto que aprisiona ambas extremidades. Su trazado lineal, filiforme, de escaso valor plástico, no

está exento de impulso expresivo (lám. VI, 2).

Con esta figura damos por terminada la descripción del conjunto pictórico que ostenta el friso parietal de El Portalón.

#### UN GRABADO EXCEPCIONAL

Cuando dábamos por terminada la revisión de todo el frente en sus planos y recovecos, según queda expuesto, en la última

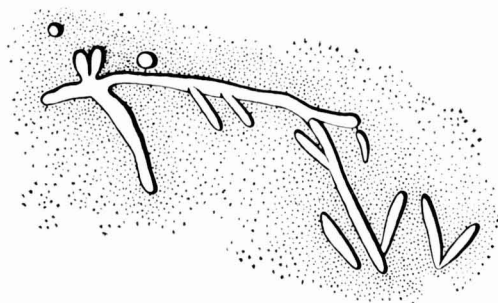


Fig. 4. — Representación esquemática de un animal en visión lateral.

concavidad cercada por la majada pude apreciar, a 80 cm. del suelo, un singular dibujo esquemático representando un animal en visión lateral, trazado por impresión digital sobre la pared, cuando las concreciones calizo-margosas por filtración constituían una capa de revestimiento tierna y moldeable. Actualmente esta capa se encuentra endu-

recida y consistente, manteniendo sin alteración las huellas del trazado original. El dibujo esquemático es de proporciones alargadas, con extremos que acusan cabeza y cola. Las patas se dibujan oblicuamente de izquierda a derecha con dos rasgos, como corresponde a una visión lateral del cuadrúpedo. Tal disposición imprime cierta actitud de movimiento al conjunto. En el mismo sentido, partiendo del tronco, se trazaron paralelos cortos trazos como mamas, que determinan el sexo del animal. Dos toques contiguos interpretan recortadas orejas, a ambos lados de las cuales se advierten un par de hoyuelos incisivos, y en último término se distribuyen seis cortos surcos relacionados con la figura (fig. 4).

Su condición de inscultura fósil revela de un lado su remota antigüedad y de otro, el cambio climático operado, que endureció la superficie plástica de la pared del abrigo, sin que posteriores filtraciones cubrieran, ni alteraran el esquema dactilar.

#### EL ABRIGO BAJO DE EL PORTALÓN

El tramo más amplio de la plataforma de El Portalón descansa en el estrato de calizas de nivel más bajo y avanzado, que se utiliza en gran parte para cerramiento de ganado. A lo largo del sector no techado de la cerca existe un covacho con el frente intensamente desmoronado por la escasa consistencia de la roca. Este inconveniente ha hecho desaparecer la casi totalidad de las pinturas que tuvo. Algunos vestigios aisla-

dos nada nos dicen. Solamente en un resalte queda una esquematización humana, cuyo eje comprende cabeza y tronco con prolongación única para ambas piernas. Los brazos arrancan arqueados desde los hombros ; uno de ellos sostiene un objeto que se bifurca en forma de patas hasta el suelo. En el lado opuesto queda un trazo anguloso de dudosa interpretación (lám. VI, 3).

Lo mismo que en el friso de El Portalón

se advierte aquí una oquedad en la roca, de escasa abertura y poco fondo, con restos fosilizados de pintura rojiza, lo cual comprueba su utilización como receptáculo para

la mezcla de colorantes y excipientes grasos de eficaz fijación y permanencia cuando se aplicó a superficies compactas que han resistido la acción erosiva del tiempo.

#### LAS COVACHAS DE LA VERTIENTE OPUESTA

La estratigrafía del paraje, cortada por la barrancada, se repite al otro lado de El Portalón con mayor suavidad en el relieve, por encontrarse al abrigo de los agentes erosivos dominantes y mantener su morfología sin alteraciones esenciales. La simple vista de la pendiente acusa, a unos 150 m., en el mismo nivel del friso pintado ya descrito, tres covachuelos uniformemente espaciados, cuya exploración realizamos igualmente. A media ladera se encuentra una plataforma alargada que relaciona los tres reductos abiertos en el tramo más consistente de calizas orientadas al saliente (lám. I, 2).

De izquierda a derecha, según llegamos, la primera covacha, sin más amplitud que para refugio de un par de personas en cucullas, nos resultó estéril. Dieciocho metros rampa adelante, hacia el este, tenemos otra covacha de 4 m. de longitud por 1 de altura y 2,10 de concavidad máxima, en cuyo fondo aparece una figura humana, de robustos trazos, reducida a un eje para acusar tronco, extremidades inferiores y brazos arqueados formando una esquematización ancoriforme de 10,5 cm. de altura (lám. VI, 4).

En el mismo tronco estratificado, a 20 m. de separación, está la tercera covacha, de similares características. Mide 2,10 m. de

longitud, 0,80 de altura y 1 de fondo en sus máximas dimensiones. En el centro derecha, donde más se acusa la concavidad, tenemos otra figura humana de varón de la misma coloración y empaste que la anterior; pero interpretada en visión de frente con mayor realismo. En la cabeza, vuelta de costado, se pretende acusar nariz y boca; después, recia musculatura de tronco, brazos y piernas abiertas en tensión de carrera o salto, prescindiendo de diseñar manos y pies y acusando el sexo, componen una figura de aspecto hercúleo. A la altura de uno de los hombros resalta una figura tendida a lo largo del brazo, que semeja el cuerpo y cabeza de una ave rapaz. La mirada del varón y la del ave se enfrentan, al parecer. Un desconchado afecta a la parte inferior de la figura. Debajo queda la cabeza alargada de un objeto indeterminable por haberse perdido en su mayor parte. La vertical de la composición mide 14,5 cm. en total (lám. VI, 5).

Ningún otro motivo pictórico nos han ofrecido los refugios más apartados, ni las cuevas y abrigos que exploramos entre espectaculares formas de erosión a lo largo de las vertientes próximas del sudoeste, favorables, sin embargo, para primitivos establecimientos humanos.

#### VALORACIÓN Y CRONOLOGÍA

Cuanto dejamos expuesto pretende ilustrar una nueva aportación al catálogo del arte prehistórico hispano y determinar su localización en la serranía central divisoria de ambas mesetas, como hito que habrá de se-

ñalar su lógica difusión hacia estas tierras desde áreas peninsulares que vienen ofreciéndonos manifestaciones artísticas afines.

El conjunto de pinturas de Villacadima, según hemos visto, presenta notoria diver-

sidad, que revela etapas y mentalidad diferentes, dentro del sentido esquemático predominante.

En general advertimos cuatro aspectos en el grado de estilización, sin que ello nos permita determinar con seguridad su proceso cronológico. Las representaciones humanas más simples se reducen a una simbólica barra lobulada, más expresiva cuando al trazo axial que representa cabeza, tronco y sexo, se añaden brazos, o brazos y piernas arqueadas y simétricas (figs. 3, 5, 16, 17 y 18, y láms. II, 1; III, 1, y VI, 3, 4 y 5).

Otro tipo representativo se refleja en la figura filiforme que estructura la figura humana en una síntesis lineal, cuya simplicidad nos recuerda las primeras manifestaciones infantiles de este orden. En la misma línea puede encajar el grabado dactilar trazado en las concreciones calizas del reentrante que inicia la primera concavidad del abrigo, dentro de la majada (figs. 13 y 14, y lám. VI, 2).

Con este grupo podría relacionarse también la figura femenina bitriangular, o más bien bilobular, con indicación de brazos en la escotadura central, según el generalizado proceso de esquematización afín con los ídolos neo-eneolíticos, según hemos señalado.

Parecen sincrónicos los cuadrúpedos de especie distinta dibujados con púas erizadas y huellas alineadas contiguas, de posible relación con los mismos, así como las tres figuritas que componen escena entre el asno y un movido antropoide (figs. 10 y 11, y lám. V, 1 y 2).

Grupo aparte forma la serie de grandes representaciones humanas cuyo grafismo semiesquemático destaca por su volumen y expresividad.

No anda muy lejos de éstas el animal del

que sólo quedan vestigios, que interpretamos como de un asno, los cuales revelan aguda observación y mayor realismo pictórico que sus precedentes.

Este conjunto de manifestaciones simbólicas de orden mágico-religioso, relacionados, según parece, con ideas de ultratumba, deben corresponder a dos corrientes culturales: la naturalista de Levante y la esquemática meridional, que vienen a introducir nuevos elementos rápidamente asimilados por una población de raíces mesolíticas dedicada en estas zonas de altura a la caza y al pastoreo con un principio de trashumancia impuesto por los rigores climáticos.

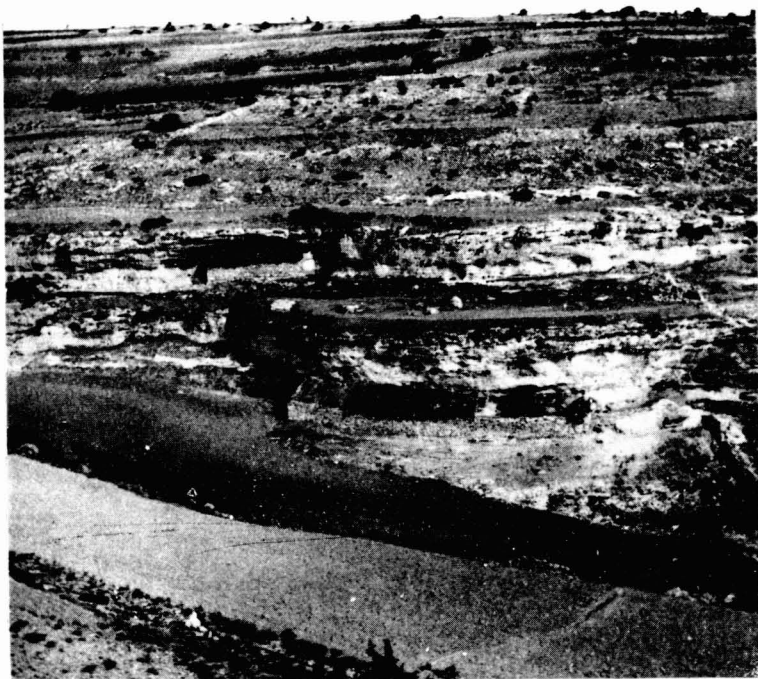
El ídolo bilobular, tan claramente representado, nos prueba que los almerienses y sus elementos culturales llegaron hasta aquí en una de sus etapas colonizadoras de mayor profundidad.

Este momento podría calificarse de robustecimiento y fijación de la población indígena. Su economía cazadora y pastoril se verá complementada con incipientes modos de explotación agrícola, favoreciendo así la asimilación de los fenómenos derivados de las primeras edades del metal con lo que habrá de concretarse el substrato de los pueblos actuales.

Por cuanto nos sugiere la temática y estilos de las pinturas y grabados descritos podríamos datarlas en una etapa comprendida entre finales del Neolítico y la plenitud del Eneolítico o primera edad del Bronce.

Esperamos que las excavaciones y análisis técnicos, que procede realizar en El Portalón y sus contornos, nos ayuden a interpretar con mayor seguridad cuanto por hoy anticipamos sobre este conjunto pictórico tan complejo como interesante.

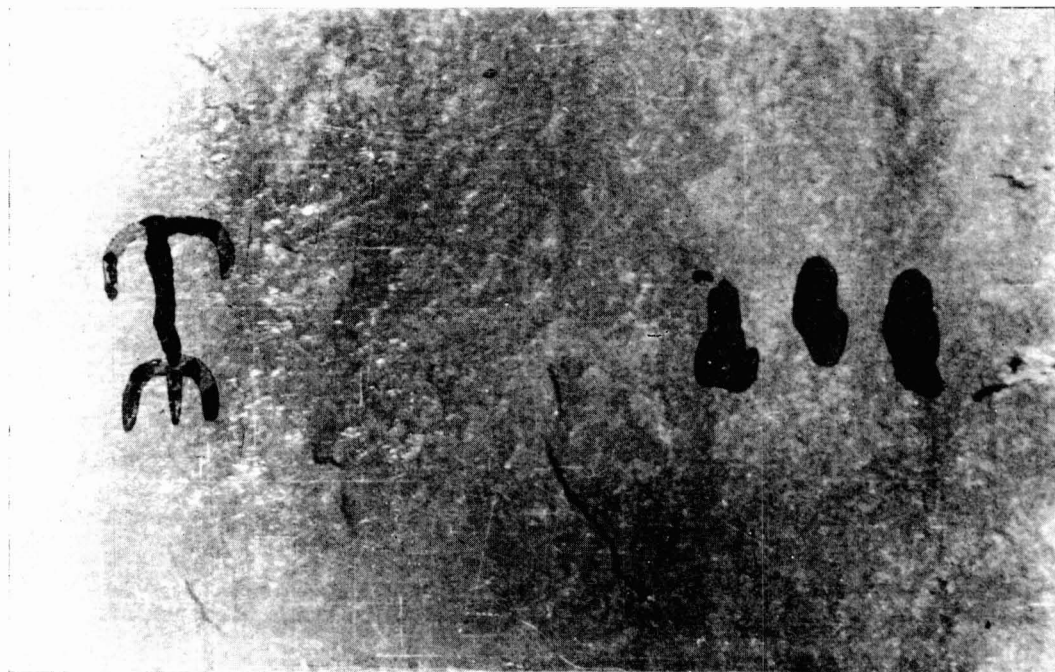
*(Fotos, dibujos y reproducciones del autor.)*



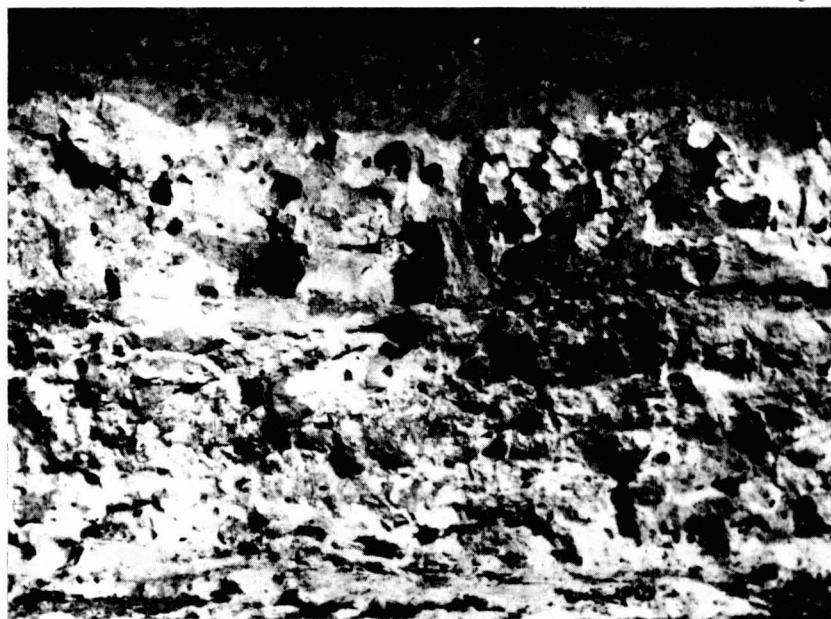
1. Vista de El Portalón, desde la ladera opuesta, con sus dos tramos de rocas calizas donde se encuentran las pinturas.



2. Vista de la vertiente opuesta a El Portalón. En el tramo apreciable de calizas pueden verse los tres covachos, dos de los cuales contienen una esquematización humana.



1. Antropomorfo y signos abstractos del primer sector de El Portalón.



2. Orificios del frente rocoso utilizados como recipiente para contener la pintura.



1. Compleja serie de figuras en el abrigo central de El Portalón. (Foto directa.)



2. Reproducción de la serie anterior donde pueden apreciarse diversas tendencias estilísticas.



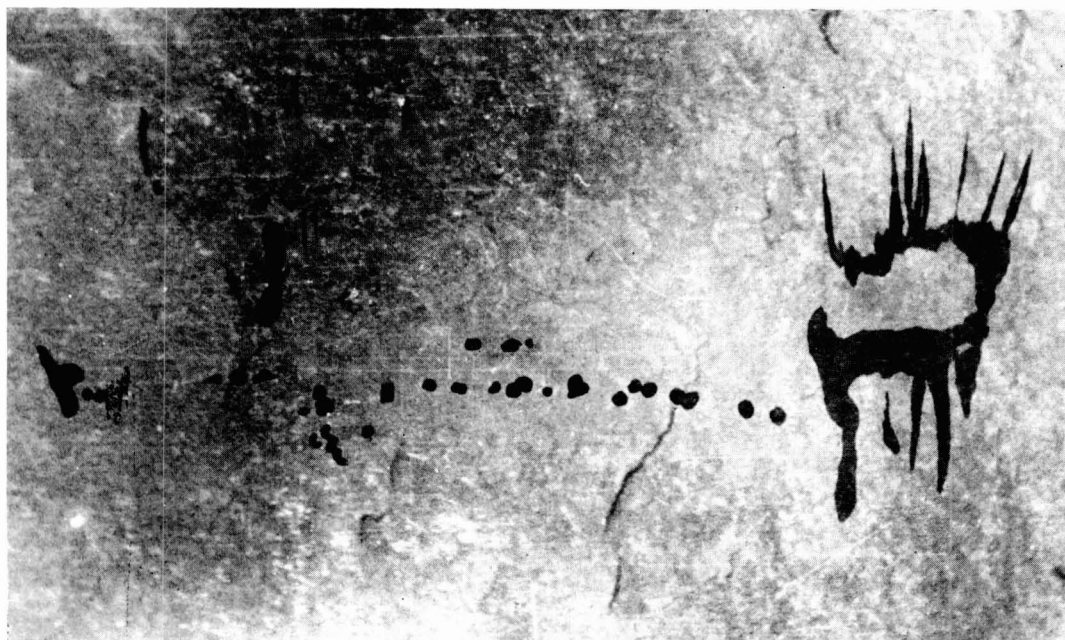
1. Nuevos temas en la continuación del friso central, parte de los cuales quedan en el espacio cercado por la majada.



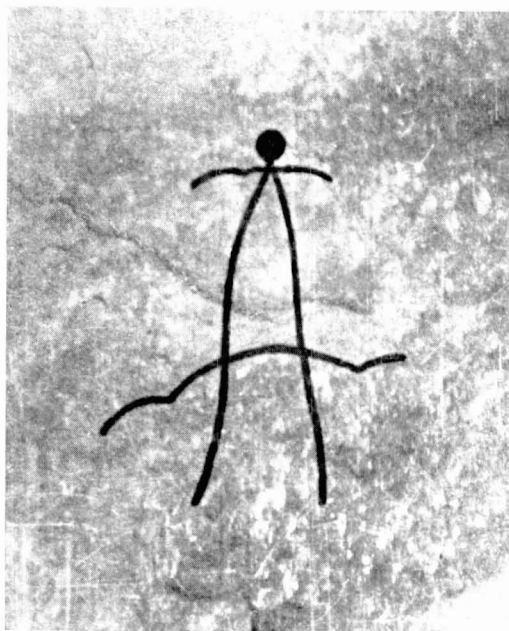
2. Detalle de un antroipoide incompleto y otro reconstruido, correspondientes a la figura anterior.



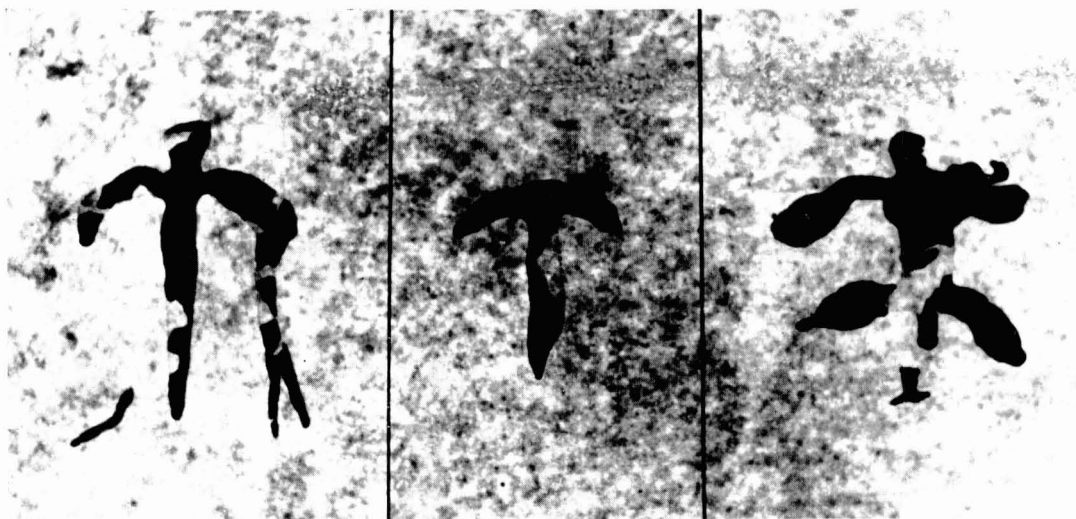
1. Grupo del saliente que divide las concavidades del abrigo, con temas similares precedidos de un ídolo bilobular.



2. Parte superior del grupo anterior en el que se destaca la figura del ídolo, objetos, huellas y un animal con coraza de púas erizadas.



1. Detalle de la escena humana que se encuentra en el grupo de la fig. 1.<sup>a</sup>, lám. iv.
2. Esquematización humana filiforme que cierra la serie de pinturas de El Portalón.



3. Pintura del covacho bajo de El Portalón.
- 4 y 5. Antropoides de muy distinto grado de esquematización, que se encuentran en los covachos central y derecha de la vertiente opuesta del barranco.